

# Ernesto Garzón Valdés. Un hombre elegante

## *Ernesto Garzón Valdés. An Elegant Man*

Jorge F. Malem Seña

### Autor:

Jorge F. Malem Seña  
Universitat Pompeu Fabra, España  
jorge.malem@upf.edu  
<https://orcid.org/0000-0002-7586-7384>

### Citar como:

Malem Seña, Jorge F. (2024). Ernesto Garzón Valdés. Un hombre elegante *Doxa. Cuadernos de Filosofía del Derecho*, (48), 13-18.

### Licencia:

Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



El autor declara que no hay conflicto de intereses.

© 2024 Jorge F. Malem Seña

Ernesto Garzón Valdés y yo somos cordobeses. Lo llevamos con indisimulado orgullo y con una entonación en el hablar imposibles de ocultar. Ambos somos hijos de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, y también debimos abandonar nuestro país no por nuestra voluntad. Hasta aquí las semejanzas. Carezco de las cualidades personales e intelectuales suficientes para parecerme a quien reconozco como mi maestro. Y, sin embargo, nuestros mundos han transcurrido por avenidas casi paralelas, aunque cruzadas por innumerables vías que hacen que mi vida no pueda ser plenamente explicada sin su presencia.

Conocí a Ernesto en la década de 1970, cuando yo era un joven estudiante de derecho muy inculto, poco interesado por los asuntos jurídicos y apasionado por las discusiones algo estériles tan propias de la época. Hoy, he perdido mi juventud y abandonado la mayor parte de aquellas discusiones, aunque sigo manteniendo mi pertinaz ignorancia solo parcialmente disimulada cuando visto con traje y corbata, haciendo gala de lo que Ernesto denominaba con cierta malicia, no exenta de crítica, «su –por mí– elegancia natural».

Ernesto, en cambio, lucía su exquisita elegancia como al pasar, tal vez con una pizca de coquetería siempre alejada de cualquier vanidad. En su caso, la elegancia no se mostraba solo en el vestir, formal y actual al mismo tiempo, sino que mostraba su actitud en la vida.

Esa actitud se reflejaba, ante todo, porque se relacionaba con los demás en pie de igualdad. La igualdad era uno de sus valores supremos. Y tanto en su vida como en su trato académico o profesional nunca hizo distinciones entre colegas, estudiantes o personas en general. A todos los consideraba por igual y siempre actuaba con un irrestricto respeto por la dignidad de cada cual. De ahí surge, asimismo, que la empatía y la solidaridad fueran rasgos de su carácter. Que la dignidad de la persona haya sido uno de sus temas académicos no puede llamar, pues, a la extrañeza, ni que le haya prestado atención a cuestiones tales como la intimidad o la tolerancia.

Tal vez por esa razón no haya creído demasiado en el denominado «argumento de autoridad», y que jamás se haya presentado como el gran profesor que fue, ni como el influyente intelectual que aún es. Fue Profesor en las universidades argentinas de Buenos Aires, Córdoba y La Plata, y en el Instituto de Ciencias Políticas en Maguncia –Alemania–. Ha sido Profesor invitado en diferentes universidades de medio mundo. Y distinguido como Profesor Honoris Causa en 11 universidades americanas y europeas, por solo citar algunos de sus méritos académicos. Recibió, además, numerosos galardones, como la Medalla Goethe del Instituto Goethe (Múnich-1986); el Premio de Cooperación Científica Internacional Dr. Luis Federico Leloir (1992); o el Premio Konex de platino en el área de Teoría General y Filosofía del Derecho (2006). Méritos suficientes como para desbordar el orgullo en una persona no comedida. Pero Ernesto lo fue, siempre, y lucía todo aquello sin fatuidad alguna. Su modestia fue consustancial a su elegancia.

Su elegancia se notaba, asimismo, en una prosa, fina y distinguida, que eludía las afirmaciones vacuas o dogmáticas. Evitaba, por ello, las frases ampulosas o grandilocuentes, prefiriendo la claridad a la ostentación. Claridad que nunca implicaba, en su caso, trivialidad. No hay que confundir, gustaba repetir, oscuridad con profundidad. La opacidad en su actividad intelectual y también en su vida pública no era, en su caso, una opción.

En realidad, su estilo literario denota que asumía sus hipótesis como provisionarias y sometidas a la mejor crítica. Por ese motivo, sus trabajos constituyen una llamada a un diálogo intelectual amplio, fecundo y leal. En esto, como en otros órdenes vitales, a Ernesto no le gustaba hacer trampas. La honestidad en su pensamiento y en su vida le ennobleció, y le debe ser reconocido.

Tal vez por ello, Ernesto nunca pretendió adoctrinar a su auditorio. De haberlo hecho hubiera significado transformar sus propias convicciones en verdades universales precisamente porque eran las suyas. Pero nada más contrario a su talante, siempre dispuesto a escuchar y repensar sus posiciones. Nunca se le oyó decir que estaba en posesión de la verdad; si acaso sostenía únicamente que sus afirmaciones eran plausibles, o incluso verdaderas, provisionalmente, o hasta que se demostrara lo contrario. En ese sentido, fue lo opuesto al fanático, que utiliza el adoctrinamiento como una de sus herramientas favoritas.

Pero la medida de sus planteamientos, la sencillez con que expresa sus posiciones o la nobleza de sus debates no han de llevar a la confusión. Ni su pensamiento ni su acción son líquidos o carentes de fundamento moral.

Muy por el contrario, Ernesto fue un firme defensor de la democracia y los derechos humanos, y aunque su posición metaética haya ido mutando desde perspectivas relativistas hacia un objetivismo moral moderado nunca dejó de tener claro cuáles son los valores que corresponde honrar más allá de su justificación. No es casual que en sus trabajos académicos haya analizado problemas atinentes a la democracia, la legitimidad o la legitimación.

Y, sin embargo, su compromiso moral y político a favor de la democracia y los derechos humanos no siempre se vio recompensado en la República Argentina. Un país tan difícil de explicar, y de entender, entre otras cosas, por cómo trata o trató a sus ciudadanos en general, o a personas como Ernesto en particular. Que Ernesto radicara buena parte de su vida en Alemania se debe, en parte, a esta razón. Y que la cuestión argentina, para denominarla de alguna manera, haya sido uno de los focos de atención en su prolífica labor intelectual no ha de ser motivo de sorpresa.

Pero Ernesto no solo fue y es un académico de prestigio sino que era, además, diplomático de carrera. Ingresó en el Servicio Diplomático Argentino como Agregado de Embajada y se trasladó a la Embajada Argentina en Bonn como Agregado Cultural en 1958. Aquí permaneció cuatro años y estableció estrechos contactos académicos con Hans Welzel, Ulrich Klug y Theodor Vieweg. No era su primera visita a Alemania, ya la había estado en 1953 después de estudiar sociología e historia del arte en las Universidades de Lovaina y en la Libre de Bruselas, respectivamente. Por esos años, aprendió el idioma de Goethe trabajando en los andamios de la construcción.

En su desempeño en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Ernesto pronto comenzó una fecunda tarea de difusión de la cultura argentina en el mundo. Esa preocupación siempre fue un eje de sus acciones como diplomático. Fundó 15 bibliotecas argentinas en el exterior y, como director de Relaciones Culturales, creó 6 museos de arte contemporáneo argentino en capitales latinoamericanas. Por ejemplo, en 1964 fundó el Instituto de Cultura Argentina en Bonn cuya biblioteca llegó a poseer 15.000 volúmenes. En el período 1970-1973 fue nombrado director del Departamento de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y debido a su acción se instituyeron centros de cooperación cultural y científico-técnica en Asunción del Paraguay, La Paz, San José de Costa Rica, Caracas, México, Washington, París y Bonn. En 1970 creó la Comisión de Cooperación Científico-Tecnológica en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y firmó convenios de cooperación científica con Brasil, Estados Unidos, Francia, República Federal de Alemania y Venezuela.

En 1973, fue designado director de Política de la Cancillería por el gobierno constitucional del presidente Héctor Cámpora y tuvo a su cargo la reiniciación de las relaciones diplomáticas entre Argentina y Cuba, y el establecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Norte y la República Democrática Alemana. Cuando el

presidente chileno Salvador Allende viajó a Buenos Aires con motivo de la asunción de la presidencia de Cámpora, Ernesto fue su edecán civil. No le costó realizar este cometido, ni como diplomático de carrera, ni como persona comprometida con las libertades y la democracia.

El 27 de marzo de 1974 es expulsado del Servicio Diplomático Argentino por resolución del ministro Alberto J. Vignes y comienza su exilio en la República Federal de Alemania. Vignes, un claro representante del autoritarismo de derechas del peronismo, era miembro conspicuo de la logia masónica Propaganda 2 –P, 2–, cuyas ramificaciones en Europa y en América Latina no podían ocultar su claro designio delictivo. La locura represiva iniciada alcanzó su máximo paroxismo con el golpe militar de marzo de 1976, que todos conocemos.

Días después de su expulsión, buena parte de la intelectualidad argentina protestó vivamente y firmó un manifiesto publicado en el diario *La Nación* titulado *Prescindir de los mejores*. Entre sus firmantes figuraban Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Victoria Ocampo, Genaro Carrió, Eugenio Bulygin, Carlos Nino, entre otros.

En 1985, Ernesto Garzón Valdés es reintegrado al Servicio Exterior argentino, por el gobierno democrático, con el rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario. Y en 1987 pide el retiro del Servicio Diplomático Argentino por disconformidad con la política de derechos humanos del presidente Raúl Alfonsín. Pensaba que la política implementada por Alfonsín respecto de los responsables de las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura militar carecía de la contundencia necesaria, tanto desde el punto de vista político como moral.

La tarea en defensa de los derechos humanos por parte de Ernesto no solo queda reflejada en estas acciones y en sus trabajos teóricos. En 1994, por ejemplo, fue designado Miembro del Tribunal Permanente de los Pueblos de la Fundación Internacional Lelio Basso radicada en Roma.

Por otra parte, su pasión por la literatura, la música y el arte en general no se ciñeron únicamente a sus cursos en las Universidades de Lovaina y en la Libre de Bruselas. Su genuino interés por estos asuntos le acompañó a lo largo de toda su vida. Su amplísima formación cultural se advierte fácilmente a través de la lectura de sus trabajos. Siempre pensó que invocar a la literatura y al arte puede alumbrar cuestiones jurídico-filosóficas importantes. Baste pensar en la idea de Ernesto de «coto vedado», nombre que toma prestado del escritor español Juan Goytisolo, para ejemplificar el ámbito individual de lo que debe permanecer intocado por el Estado o por otros ciudadanos.

Sus propias palabras sirven para mostrar estas querencias,

Me ha ayudado a vivir el interés elemental por el arte, de la pintura, la arquitectura y la música. No es necesario pensar, como el uruguayo José Enrique Rodó, que la estética está a mitad de camino de la ética para, al menos, sentir que la música, por ejemplo, nos hace más felices y que no todo da lo mismo. El gusto por el arte se convierte así en una especie de muleta de la felicidad. Estoy convencido que se camina más feliz si uno sabe utilizar esos bastones que se llaman Bach, Beethoven o Schubert y que le hacen pensar a uno que no es

verdad que la evolución no da saltos o hasta creer, como Einstein después de escuchar al joven Jehudi Menuhin en el Berlín de los años veinte, que Dios existe.

Justamente porque el arte me ha reconfortado, he rechazado siempre la vulgar estridencia y la irrupción irrespetuosa de lo privado en lo público. Saber que no estamos solos en el mundo y que no debemos mortificar al prójimo con la satisfacción incontrolada de nuestros deseos y preferencias es un principio elemental de convivencia.<sup>1</sup>

Pero la distinción y el buen gusto de Ernesto nunca opacó su dedicación al trabajo. De hecho, nunca dejó de trabajar. Su elegancia personal no estuvo reñida con el esfuerzo, incluso en ocasiones poco propicias para el lucimiento. Quienes hemos vivido la experiencia del exilio lo sabemos muy bien. A ese esfuerzo laboral se aplicó con ahínco, perseverancia y responsabilidad, rasgos también de su personalidad. Y enfrentó los desafíos que le planteaba la vida con una entereza, decoro y honradez fuera de toda duda.

Tradujo, por ejemplo, más de 100 libros. Y fundó o contribuyó a crear incontables revistas académicas y colecciones de libros científicos en Argentina, México, España o Alemania. Sus trabajos, en solitud y junto a colegas, muestran la generosidad intelectual y su gran capacidad para liderar proyectos intelectuales, sin imponer criterios personales o someter a los demás a un segundo plano. La generosidad y el reconocimiento de la labor del otro fueron consustanciales también a su elegante personalidad.

Puede advertirse que la obra de Ernesto Garzón Valdés es amplia, diversificada y siempre profunda. Ha preferido escribir artículos a libros porque una vez desenmarañadas las cuestiones conceptuales y justificativas poca importancia adquirirían para él los aluviones de datos con que algunos autores pretender ilustrar sus trabajos. Creyó más en la constancia que en la imaginación, más en el trabajo de las hormigas que en la grandilocuencia del trabajo de los elefantes. Y sus análisis teóricos muestran también su ideología liberal, en el sentido primigenio de la palabra, como corriente que defiende los derechos individuales y sociales de las personas, nunca como neoconservadurismo partidario del libre mercado. No extraña que propugne la democracia dentro de un Estado social de derecho.

Desgraciadamente, la elegante personalidad de Ernesto que he querido describir, de un modo torpe e incompleto, no la aplicó al mundo de la gastronomía. Nunca cultivó el bello arte de la cocina. No fue un apasionado de la buena mesa o un degustador de caldos dionisiacos. Comía y bebía casi por obligación, con la misma premura con que llenamos de combustible nuestro automóvil. Mi estancia en su casa, en Bonn, que realicé con el fin de acabar mi tesis doctoral es buena prueba de ello. Mi alojamiento allí tuvo al menos dos efectos. Uno el previsto, finalicé, con su ayuda, mi trabajo. Eternamente agradecido. El otro, no previsto, fue que dicha estancia me produjo una inesperada cura de adelgazamiento. Según Ernesto, los becarios deben ganar muy poco y comer menos con el fin de dedicar todas sus energías al estudio. Opinión que no

---

1. «¡Todavía aquí! Al llegar a los 80», *NEXOS*, agosto 2007.

comparto en absoluto. Y decía, frente a quien lo quería escuchar, que en sus tiempos mozos fue un buen jinete, aunque sin ofrecer evidencia empírica alguna.

Pero nada oculta la fuerza de su pensamiento y su influencia personal, que es enorme. Se han hecho tesis doctorales sobre su obra en España y en México. Y no son pocos los trabajos de otros autores también prestigiosos donde se le suele utilizar como guía para el análisis o para comentar o criticar sus argumentos. Es, en ese sentido, un punto de referencia para la reflexión sobre filosofía del derecho, moral y política. Y dadas las calidades personales e intelectuales de Ernesto, no es de extrañar que tenga discípulos –amigos, que él diría– en medio mundo. Me cuento como uno de ellos y no precisamente como el más avanzado. Reconozco que bien enseñado no es sinónimo de bien aprendido y que se puede tener un gran profesor y ser un mal alumno. Mea culpa.

